

El regreso de las ballenas

Sábado 11 de junio de 2005



Un avistamiento frente a las costas de Chañaral, en la III Región.

Estuvieron a punto de extinguirse por la necesidad de consumir su carne y obtener su precioso aceite. Pero poco a poco las poblaciones de ballenas están regresando a su hábitat natural, y las costas de Chile son uno de los sitios privilegiados para avistarlas. hoy, un grupo de personas las estudian y las observan, pero pueden ser muchas más quienes tengan la posibilidad de estar cerca de uno de estos bellos y enormes seres vivos.

Por Luis Miranda Valderrama

La ballena, debilitándose cada vez más en sus convulsiones, reapareció nuevamente ante los hombres, inclinándose a uno y otro lado, dilatando y contrayendo espasmódicamente su espiráculo, con estertor ronco y violento. Al fin, chorro tras chorro de rojos cuajarones, como purpúreas heces de vino tinto, saltó en el aire espantado para caer por los flancos inmóviles del ballenero hasta el mar. ¡Le había estallado el corazón!

Herman Melville, Moby Dick

El sueño adolescente de Rodrigo Hucke era tan único y valiente como irreflexivo y trágico: Soñaba que salvaba a una ballena dice. Que tras subirme a un zodiac, colocaría mi pecho entre un arpón y el cuerpo de una ballena azul y la salvaría de la muerte, incluso teniendo que morir si fuera necesario.

Con el tiempo y tras dejar sus libros de la niñez, la época en la que se forja el mundo interior de un hombre, decidió que aquella quimera desquiciada e inmadura pero posible evolucionaría a un sueño más lógico y racional.

Al salir del colegio Rodrigo Hucke siguió con su idea de ayudar a las ballenas, aunque de otra forma. Ingresó a estudiar biología marina en la Universidad Austral de Valdivia y, desde ese momento, consagró su vida al estudio de los animales marinos para intentar conservarlos.

"Todo esto parte de un interés de niño, viendo los programas de Jacques Cousteau en la tele, y saber de las cacerías de ballenas tan habituales en Chile y en otras zonas del mundo. Y luego vienen a desembocar en un interés concreto por el estudio serio y científico de los animales más grandes que existen en el planeta".

Rodrigo Hucke tiene 30 años y desde hace un par de meses es doctor en biología marina. Es uno de los hombres que más conocen a las míticas y gigantescas ballenas azules, en estado de extinción a causa de feroces cacerías iniciadas a comienzo del siglo XX. Su trabajo se ha hecho famoso porque, a partir de 2003, Hucke ha ubicado concentraciones importantes de estos cetáceos en el golfo de Corcovado, al sureste de Chiloé.

Llega a medir lo mismo que un Boeing 737 dice Hucke. Es decir, unos treinta metros de largo. Pero ver a un animal que escapa a las magnitudes humanas es una experiencia enorme, como científico y como persona.

La primera vez que él vio una ballena azul, su corazón se dio vuelta. Verano de 1997. Era un animal de 90 toneladas, que nadaba a toda velocidad a pocas millas de la costa.

Yo no soy muy expresivo para destacar mi alegría confiesa. Pero no pude dejar de llorar, como un loco en aquella oportunidad. Y también pensé antes, como un sueño, que cuando viera mi primera ballena azul moriría.

Pero la visión no le quitó la vida. De hecho, gracias a ese y a otros cientos de avistamientos Hucke logró establecer que hay una población de ballenas azules en ese lugar. También ha podido identificar a varios individuos, saber su sexo y tener algunas teorías sobre ese animal que ha dirigido su vida.

OH, GRAN LEVIATÁN

Si hoy hablar de ballenas es sinónimo de comprensión, tolerancia y respeto, durante muchos siglos fueron lo mismo que decir "monstruo": un ser fantástico que causa espanto. Las ballenas eran la proyección carnal de todo el poder devastador que había sobre la tierra, una especie de brazo armado de la furia de la naturaleza. La Biblia ejemplificó en la historia de Jonás y la ballena el poder supremo de Dios sobre los hombres. Y el mensaje era claro: si alguien desobedecía lo divino, la peor de las criaturas en el mundo podía hacerse cargo del problema.

Pero con el paso del tiempo, la carne y el aceite de los grandes cetáceos abrieron el apetito de los hombres de mar. El primer cetáceo damnificado fue el cachalote, que los ingleses cazaron sistemáticamente, hasta convertirse en la principal nación ballenera.

Se ha visto que la mayoría de las especies de ballenas tienen un ciclo de reproducción-alimentación que las lleva a migrar desde los trópicos, donde se aparean y eventualmente tienen a sus crías, hasta las aguas australes, que concentran la mayor cantidad de alimento de las ballenas: los extensos bancos de fitoplancton. En el caso del Pacífico, tal ciclo se ha identificado entre las costas de Colombia y los mares antárticos.

Sólo por ese motivo las grandes empresas balleneras del mundo noruegas, inglesas y hasta japonesas establecieron industrias y flotas de barcos en las costas chilenas. Iquique, Puerto Montt, Chiloé y la Patagonia, fueron centros balleneros en Chile. Hubo incluso balleneros chilenos: en 1885 Gabriel Toro y Juan Martínez fundaron una sociedad para la cacería y explotación de ballenas en Punta Arenas.

La disminución fue trágica. Éste es un dato modelo estadístico aportado por estudios de la CBI (Comisión Ballenera Internacional) y que son aproximados: si originalmente había dos millones y medio de cachalotes, hoy su población es de un millón y medio de individuos. Si la ballena azul contaba con 300 mil individuos, actualmente sólo existen cinco mil de ellos; es decir, un dos por ciento de la tasa original.

Unos de los países que más consumen los productos balleneros es Japón. Si bien el consumo de carne de cetáceos ha disminuido en los últimos años, más de 20.000 individuos se capturan anualmente por buques nipones.

Después de la Segunda Guerra Mundial un Japón derrotado y empobrecido necesitaba proteínas para alimentar a su gente. Con sus barcos de guerra reacondicionados para la pesca, fue a explotar a las ballenas con todo.

Y casi lo consigue.

EL REGRESO

Elsa Cabrera tiene 36 años, pero su rostro es el de una niña. Una matanza de lobos marinos en Canadá que vio por televisión a los doce años hizo que su vida se inclinara hacia la preservación de la naturaleza. Años más tarde se convirtió en experta camarógrafa de televisión sólo con el fin de estar cerca de estos mamíferos marinos, su pasión. Hoy es la encargada de una ONG llamada Centro de Conservación Cetácea, CCC, probablemente la organización no gubernamental más importante que tiene que ver con ballenas en Chile.

"Nuestro objetivo es que la gente conozca a las especies de ballenas que hay en Chile, además de coordinar, en lo posible, eventuales avistamientos de estos grandes cetáceos en los cuatro mil kilómetros de costa que tenemos, sería aun mejor. Y si creamos conciencia, nos daremos cuenta de que las ballenas existen. Y que son parte de nosotros", dice Elsa.

El centro fue creado en 2001 y desde hace tres años ha implementado un sistema de formularios de avistamiento que le ha permitido realizar un mapa de lugares en Chile donde se han visto individuos o grupos de ballenas.

"Hemos ido a caletas de pescadores, y conversado con dueños de restaurantes que funcionan en la costa y con gente de la Armada, y les entregamos estos formularios para que completen la mayor cantidad de información", dice Elsa.

Un dato no menor: de las trece especies de grandes cetáceos en el mundo, diez están en aguas chilenas.

Una es la ballena jorobada (*megaptera novaeangliae*), de 15 metros y 40 toneladas, o la alargada y esbelta ballena de Bryde (*balaenoptera edeni*), un mamífero de 15 metros y 20 toneladas. O qué decir de la estupenda ballena sei (*balaenoptera boreales*), que viaja por todos los mares del mundo, mide robustos 18 metros y pesa 20 toneladas. La orca, o ballena asesina (*orcinus orca*), la misma especie que es un astro en los parques acuáticos de Miami y que tiene la reputación de un asesino cruel y despiadado, también muestra su piel albinegra en aguas australes.

También se puede encontrar a la ballena Minke (*balaenoptera acutorostrata*), que mide menos de 11 metros y pesa cerca de nueve toneladas (550 de estas ballenas son cazadas anualmente por el programa científico de Japón, en la Antártica y el Pacífico Norte). En la isla Navarino, Duodécima Región, se ha visto la hermosa ballena franca pigmea (*caperea marginata*). Ése no es el caso de la muy grande ballena de aleta (*balaenoptera physalus*), el segundo cetáceo más grande; su número ha bajado a un 17 por ciento de las concentraciones poblacionales originales.

Existen, sin embargo, tres tipos de ballenas emblemáticas. La primera de ellas es el cachalote (*physeter macrocephalus*). Un dato revelador: en un año entre 1963 y 1964 fueron cazados casi 30 mil individuos de esta especie. Otro animal muy explotado fue la ballena franca austral (*eubalaena australis*), especie protegida ya en 1936 y que hoy ha reaparecido en los mares de la Patagonia chilena.

Pero es la ballena azul (*balaenoptera musculus*) la reina de todas las especies. Es la más grande y probablemente el ser vivo más complejo y bello que exista. Treinta metros de longitud y 100 toneladas de peso. Cuando en 1815 se creó el arpón cañón y el noruego Svend Foyn Tonsberg introdujo la tecnología moderna en la caza ballenera, la ballena azul sufrió cruentas cacerías. La palabra desaparición comenzó a escucharse en todos lados; y quienes mejor sabían que las ballenas se estaban extinguiendo eran los propios balleneros. Durante la Guerra Fría surgió la conciencia por evitar la desaparición de los grandes cetáceos. Surgió, entonces, una moratoria mundial en 1986. Las ballenas prácticamente se habían ido.

Pero desde hace un tiempo, todas estas especies están regresando. Al menos, a las costas de Chile.

TURISMO BALLENERO

"Yo te diría que el número de individuos de ballenas de hace ocho años es el mismo que puedo apreciar hoy", afirma el biólogo Jorge Gibbons, experto en el estudio avistamientos de ballena franca austral. "El aumento es más bien cultural. La gente se da cuenta de algo que ha estado allí por muchos años".

A pesar de los cientos avistamientos que ha certificado el CCC, dirigido por Elsa Cabrera, sólo hay dos sitios en Chile donde se tiene seguridad científica de que son hábitat constantes de poblaciones de ballenas. Uno es la zona del golfo Corcovado, donde Rodrigo Hucke estudia constantemente a las ballenas azules. Y la otra zona corresponde a la Isla Carlos III, en el estrecho de Magallanes. Allí está la ballena franca austral.

Allí, también, se encuentra Jorge Gibbons.

Cada verano Gibbons enfila hacia la apartada isla patagónica y estudia, marca y revisa, a bordo de un zodiac, las poblaciones de la ballena franca austral. Trabaja con Juan Capela, un científico chileno obsesionado con los grandes cetáceos desde hace muchos años y que se radicó en Colombia tras seguir el rastro de estos grandes seres vivos. Capela y Gibbons trabajan coordinadamente en los ciclos de reproducción-alimentación y han establecido que se trata de las mismas ballenas que en invierno procrean en el trópico y que viajan a los mares australes a alimentarse.

"Tratamos de acercarnos lo menos necesario", explica Gibbons. "Conocemos las corrientes y cuando queremos estar en mayor contacto con los individuos, apagamos el motor y llegamos más cerca. Y su reacción depende de ellas y de nuestra capacidad para pasar inadvertido".

Su apreciación es importante porque a pesar de realizar investigación científica, tanto las experiencias de él como de Rodrigo Hucke servirían en un futuro más cercano en una actividad que podría cambiar la situación de la ballena en Chile: el ecoturismo de observación de ballenas.

"Yo creo que es posible realizar empresas de ecoturismo. Pero es necesario construir normas, respetar el hábitat de las ballenas y establecer normas de aproximación", recomienda Gibbons.

El Gobierno también está preocupado por el tema. En la Cancillería existe un pequeño grupo de trabajo consultivo. Chile pertenece a la CBI, que mantiene la prohibición de caza y explotación de productos de la ballena desde hace más 18 años. La postura del país es proteger la ballena de la cacería indiscriminada, conservar los recursos escasos y explotar aquellos cuya abundancia se encuentre científicamente comprobada. De hecho, el ecoturismo es considerado como una posibilidad de

explotación no letal muy bien vista por las autoridades.

"Hemos hablado con la subsecretaria de pesca", cuenta Francisco Devia, jefe del departamento de asuntos marítimos de la dirección de medio ambiente de la Cancillería. "Y pedimos que redacte un reglamento que norme y regule la actividad turística en relación con las ballenas".

El año pasado Rodrigo Hucke se acercó a la Conama de la X Región y les propuso la idea de proteger a las ballenas azules que estudia en el golfo de Corcovado. La Conama se comprometió a respaldar su idea y buscó la ayuda de privados. Fue así como el proyecto llegó a manos de Douglas Tompkins y Sebastián Piñera, dueños de grandes extensiones de terreno en ese sector. Todo aún se encuentra en etapa de desarrollo. Hucke es un hombre convencido de que a estos grandes cetáceos hay que ayudarlos en su conservación.

"No podemos decir de manera concluyente que el número de ballenas haya aumentado o se mantenga desde hace un par de años", dice Hucke. "Lo que sí puedo decir es que en Chile es increíble lo poco que se conoce de este tipo de animales. Y están aquí. Si están de regreso o no, ellas están aquí. Y eso es indudable, y hay que apoyar su conservación".

"Yo diría que las ballenas son invisibles, espeta Gibbons. "Y recién la gente está comenzando a verlas. Me ha pasado que algunos barcos me ven a mí y no al inmenso ser viviente de 15 metros que está a mi lado. La gente está tomando conciencia de que las ballenas están aquí. Recién ahora están volviendo a la gente. Antes no estaban en la mente y ahora sí. Para mí, eso bien puede llamarse regreso. ¿No?"

BALLENAS POR EL MUNDO

Para salvaguardar la presencia de los cetáceos mayores en el mundo, la comunidad internacional diseñó y estableció tres áreas llamadas "santuarios balleneros", que tienen por fin evitar el desarrollo de actividades que perjudiquen la conservación de las ballenas. Los santuarios son:

1. Océano Índico: existe desde 1979. Conserva ballenas roculares y cachalotes pigmeos.
2. Austral: en 1994 la CBI estableció un área circumpolar en la Antártica.
3. México: país cuya zona de exclusión económica es paraíso de los grandes cetáceos. El santuario data desde 2002.

Hay dos propuestas de nuevos Santuarios en el Atlántico y en el océano Pacífico.